

La elaboración del espacio en la última narrativa autobiográfica cubanoamericana

Iraida H. López

Profesora. Ramapo College, Estados Unidos.

Entre los esfuerzos que la crítica cultural ha llevado a cabo para desmontar el «isomorfismo de espacio, lugar y cultura» o la asociación «natural» y nítida de territorios, poblaciones y culturas, se encuentra el escrutinio del espacio. Este ha llegado a ocupar un lugar tan importante en los estudios críticos que se ha acuñado toda una terminología a su alrededor. Términos como «desterritorialización» (Kaplan, Deleuze y Guattari), «frontera» (Gloria Anzaldúa), «transnacionalismo» (Schiller *et al.*, Smith), «culturas viajeras» (Clifford), «geografías humanas» (Soja) o «homelessness» (Said) afloran con frecuencia en los ensayos de hoy, aportando perspectivas novedosas. Apuntando al viaje, los desplazamientos y las zonas de contacto, este nuevo vocabulario da cuenta de la dimensión transnacional, diaspórica o fronteriza de un número cada vez mayor de migrantes que, relocalizados en las grandes metrópolis, pero reacios o renuentes a quemar las naves, han contribuido a poner en tela de juicio esa superposición de territorios, poblaciones y culturas típica de los discursos nacionalistas. Como han escrito Gupta y Ferguson,

la ficción de las culturas como objetos discretos, similares a objetos que ocupan espacios discretos se convierte en implausible para quienes habitan las fronteras. Quienes se relacionan con los habitantes de las fronteras son quienes viven una vida cruzándolas: inmigrantes, refugiados, exiliados y expatriados.¹

El estudio de la autobiografía no ha permanecido al margen de esta tendencia. En efecto, es por esa disposición que, al abordar el género autobiográfico, algunos estudiosos proponen un ajuste de cuentas y, como ha observado Martínez San Miguel, en vez de enfocarse en «la elaboración temporal» de la narrativa, prefieran hacer énfasis en la producción de espacios físicos, textuales e identitarios por medio del discurso.² Es el caso de la crítica Susanna Egan, quien dedica un capítulo de su libro al estudio del espacio en la autobiografía de la diáspora —hindú, chicana, vietnamita, china, africana.³ Contraponen la autobiografía diaspórica a la que otros críticos tildarían de étnica, en su variante del relato de conversión, que se desarrolla en ese tiempo lineal en que una cosa sucede a la otra hasta llegar a una clara resolución. Se trata de un «tiempo preposicional», en este caso, determinado por un *antes*

y un *después*. Un ejemplo paradigmático de este tipo de autobiografía es *Hunger of Memory* (1983), el célebre texto de Richard Rodríguez que Egan comenta, aduciendo que trasunta «una identidad migratoria de asimilación», supuestamente exenta de incertidumbres sobre la aculturación.

Por el contrario, los autores de autobiografías de la diáspora se sitúan en el vórtice de procesos más dinámicos, acentuando las ambivalencias y ambigüedades de un tiempo que no se desembaraza del *antes* ni se disuelve en el *después*. Para Egan, entre las características que definen estas autobiografías están la creación de espacios geográficos paralelos, el compromiso con el discurso dialógico, el desinterés por el enfoque cronológico, la aceptación de las diversas filiaciones que conforman la subjetividad, la innegable presencia de la familia —que provee un haz de identificaciones— y la construcción de sujetos poscoloniales conscientes de su formación dentro de los procesos imperiales, pero interesados simultáneamente en complicar la distinción entre el centro y la periferia.

Estos y otros elementos están presentes en los dos textos autobiográficos que voy a comentar, *The Write Way Home: A Cuban-American Story* (2003), de Emilio Bejel, y *Cuba on My Mind: Journeys to a Severed Nation* (2000), de Román de la Campa.⁴ Estos libros se suman a unas quince narrativas cubanoamericanas pertenecientes a este género literario dadas a conocer en los Estados Unidos, especialmente en la última década. A diferencia de otros, comprendidos en esa nómina, ambos textos alternan entre Cuba y distintos lugares dentro de los Estados Unidos. Dicha alternancia es característica de la autobiografía de la diáspora, pero poco común en las narrativas autobiográficas cubanoamericanas, la mayoría de las cuales están marcadas por la experiencia del exilio, que generalmente presenta un movimiento unidireccional. Es de esperar que ese contrapunto empiece a afianzarse a medida que las experiencias de exilio den paso a las propiamente migratorias. De hecho, es un rasgo que ya comparten ambos textos con otra variante de la literatura autobiográfica: me refiero a los testimonios y ensayos reunidos en *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba* (1995)⁵ y *By Heart/ De Memoria* (2003),⁶ en los que también figura ese vaivén. Otro sello común es que sus autores se ubican en los intersticios de las hegemonías políticas a uno y otro lado del Estrecho de la Florida. Aunque inicialmente se acercan a la Cuba revolucionaria, las políticas estatales y los criterios establecidos para la creación artística los llevan a re-examinar sus opiniones y a tomar distancia crítica. Por último, trascienden el período de la niñez y primera adolescencia al que otros textos se circunscriben —como la galardonada autobiografía de Carlos Eire, *Waiting for Snow in*

Havana (2003)—,⁷ trayendo a colación otras identidades, además de la étnica o nacional.

Según Avtar Brah, «el concepto de diáspora coloca en un primer plano la urdimbre de genealogías de dispersión respecto a aquellos “que se quedan”».⁸ Esto se comprueba, desde luego, en estos textos autobiográficos cubanoamericanos, en los que la alternancia ya mencionada entre los puntos geográficos pone de relieve la interrelación e interacción entre las comunidades dispersas y los que quedaron atrás, mostrando su co-dependencia. Pero más allá de ello, estos relatos de vida subrayan la imposibilidad de asumir una sola de esas genealogías. Una lectura de los textos lleva a la conclusión de que elaboran espacios alternativos para la expresión de la identidad cubana, que trascienden los límites del trinomio territorio-población-cultura. Debido a sus experiencias culturales y personales, tanto Bejel como De la Campa acuden a varias estrategias para elaborar espacios *sui generis* no enraizados ni en la Isla ni en la tradición (si es que se puede hablar de una *tradición*) cubanoamericana. En ambos casos, ni Cuba ni Miami (como tampoco los Estados Unidos angloamericanos y anglófonos) contienen la solución a las usuales inquietudes sobre la identidad. Sin lugar a dudas, la cubanidad presente en estos textos se desprende de la Isla para pasar a ocupar espacios desterritorializados. ¿Qué mecanismos se usan para la creación de estos espacios?

Escrito por Emilio Bejel —profesor, crítico y poeta dedicado al estudio de teorías literarias, la literatura cubana del pasado siglo y, más recientemente, a los *queer studies*—, el relato autobiográfico *The Write Way Home* se publicó traducido al inglés.⁹ Aunque se respeta cierto orden cronológico, el libro se caracteriza por fluctuar entre Cuba y los Estados Unidos. Su carácter híbrido y dialógico está determinado también por la inserción de poemas conversacionales dedicados a seres queridos, fotografías y artículos periodísticos referentes a una maniobra política que casi le cuesta la salida de la Universidad de la Florida, en Gainesville, donde enseñó durante varios años. Este incidente es temáticamente relevante por cuanto —además de proyectarse como gay— una de las facetas principales de la identidad de Bejel, en la que el libro hace hincapié, es la del académico exitoso y destacado, cotizado por sus destrezas críticas y pedagógicas.

Como el título indica, la elaboración de un *home* —tomado en el doble sentido de hogar o casa y lugar de origen o patria— es un proyecto eminentemente discursivo. A esto alude la portada del libro, en la que aparecen una pluma y un tintero, del cual brota un dibujo de la isla de Cuba, suspendido sobre un tablero de ajedrez. La escritura es el eje principal de las memorias de Bejel; mediante el artificio de la palabra se puede

construir el hogar desdibujado en la memoria. La casa original no puede ya existir sino en la ficción, y esta hace las veces de casa. Iván de la Nuez ha reparado en ese vínculo entre diáspora y escritura:

Escritura y diáspora son dos estatutos obligados a vivir una enemistad indisociable: la diáspora te abre la posibilidad de habitar un mundo que antes fue solo leído. Y al revés: el mundo anteriormente vivido ya es solo escritura, noticias del diario, webs en la red, cartas; en una palabra: texto.¹⁰

Estar consciente del carácter discursivo de sus memorias tiene algunos beneficios: el lenguaje ayuda a ordenar un mundo que no parece ser la consecuencia lógica del pasado, y contribuye a evadir los temidos esencialismos, entendiendo que las definiciones son el resultado, hasta cierto punto, de posiciones adoptadas ante la realidad. Este relato asume plenamente su carácter representacional.

Aunque en la portada la silueta de la isla parece identificar a Cuba con el *home*, conviene subrayar que este término se emplea de forma polisémica y nos remite a espacios de mucha fluidez. Veamos, por ejemplo, la relacionada noción de familia en el texto. El exilio obliga a redefinirla, cuestión más complicada para este protagonista, porque no hay cónyuges bendecidos por la ley, ni procreación. Sin embargo, no cesa en sus empeños por, como diría Cherríe Moraga, «reinventar la familia». Se trata de una familia que no responde (como en el caso de la feminista Ofelia Rodríguez Acosta, que estudia el mismo Bejel en su *Gay Cuban Nation*) a la consanguinidad o a la unión de un hombre y una mujer. Más bien, «la familia es un grupo de personas unidas por el amor mutuo que se han encontrado gracias a circunstancias de la vida».¹¹

De esta manera, la palabra sufre una resemantización. La familia de quien fue su pareja en La Habana, un mulato cubano, establece lazos familiares con el padre del protagonista, que este recupera siendo ya adulto, después de haberse ausentado de la vida de Bejel durante años. Más aún, se constituyen múltiples familias o familias multinacionales (y multiraciales): una en La Habana; otra en Colorado —provista también por los parientes de su pareja allí—; y la original, en Manzanillo. Es como si el protagonista, parafraseando a Anzaldúa, llevara la familia, como la casa, a cuestas. Se cumple entonces uno de los requisitos del modelo transnacional consistente en el mantenimiento de redes sociales que abarcan más de una nación. La necesidad de construir una familia y un hogar o casa en los propios términos del autor se reitera a través del libro, corroborando así otra observación de Avtar: «Sugiero que el concepto de diáspora ofrece una crítica de los discursos de orígenes fijos, a la vez que da cuenta de un deseo por el hogar como algo distinto a la patria. Esta distinción es importante, porque no todas las

diásporas sostienen una ideología del «retorno».¹² Dada la ausencia general de nostalgia por el lugar de origen en la narrativa (no así en la poesía), este texto autobiográfico aspira también a la creación de un hogar o casa más que a la recuperación de una patria.

Según Bejel, la patria, Cuba, es el lugar que, al juxtaponer ciudadanía y heterosexualidad, excluye al homosexual del proyecto nacional, mas no es un espacio limitado a esto. Se asocia a los recuerdos de la niñez y adolescencia, y de una educación católica que trasmite valores éticos y sociales. Es el espacio, sobre todo, de los sentidos afectos de una familia poco convencional constituida por la madre y la tía Nina, mujeres profesionales e independientes, la madrina y los primos, y el abuelo, única figura masculina, de gran vitalidad y virilidad, entre los adultos. Sabemos que es también, en una sociedad patriarcal, un espacio restrictivo, regido por normas que dictan el comportamiento genérico y sexual; normas que invaden el recinto familiar donde es inadmisibles la transgresión de los límites impuestos a cada género.

A pesar de respetar las reglas simulando una conducta heterosexual, el Emilio adolescente tiene que cuidar sus gestos y controlar el movimiento de las caderas por su evidente violación del código «masculino». Esta represión muestra el lado oscuro del hogar o «cómo el hogar puede ser, simultáneamente, un lugar de seguridad y terror».¹³ Y, para los que sienten atracción por el mismo sexo, existe el temor al rechazo, ese «miedo de regresar al hogar y de no ser reincorporado» al que se ha referido Gloria Anzaldúa.¹⁴ De esta manera, la homofobia obliga a refugiarse en una especie de exilio interno que margina y oprime. Paradójicamente, la homofobia penetra incluso los núcleos familiares que no se ajustan a la estructura familiar convencional y que, por este motivo, podrían constituirse en focos de resistencia a las normas.

En cambio, los Estados Unidos son descritos como el espacio de la liberación sexual, donde el *coming out*¹⁵ se logra paulatinamente, primero en la esfera privada, cuando se asume la conciencia del deseo homoerótico; y luego en la pública, al aprovecharse los espacios obtenidos después de los motines en el bar neoyorquino de Stonewall, en 1969. Asumir una identidad gay liberada y pública se superpone claramente al proceso de «americanización», curiosamente libre de tensiones raciales o sociales: «Mi vida con Lauren en la UM [Universidad de Miami] marcó el principio de mi verdadera madurez sexual, así como el de mi más intensamente acelerada americanización».¹⁶ Por coincidencia, la iniciación en el acto homosexual ocurre en momentos en que las políticas antihomosexuales se recrudecen en Cuba y se crean los campamentos de la UMAP. El contraste trae como consecuencia que, en momentos claves, se elija una identidad sobre la otra.

Si *The Write Way Home* es un texto evidentemente personal, el libro de Román de la Campa, *Cuba on My Mind: Journeys to a Severed Nation*, oscila entre la crítica cultural y episodios de la vida del protagonista, entrelazando lo político con lo personal. Por ejemplo, su propio involucramiento en el proyecto Peter Pan da pie a un comentario extenso sobre este triste episodio.

El valor estratégico de la identidad sale a relucir cuando el protagonista confronta la homofobia en la Isla en uno de sus viajes de regreso. Uno de esos incidentes reveladores lo lleva a reconocer este valor: «Me sentí más americano que cubano en ese momento, porque aun cuando durante ese tiempo en los Estados Unidos se expresaban ideas similares a las de mi primo, al menos el incidente de Stonewall y el movimiento de liberación gay habían empezado a lograr algunos progresos para los derechos gay en América y en otros países occidentales». ¹⁷ «América» provee un espacio para la acción sexual que la patria le niega.

Si *The Write Way Home* es un texto evidentemente personal, el libro de Román de la Campa, *Cuba on My Mind: Journeys to a Severed Nation*, oscila entre la crítica cultural y episodios de la vida del protagonista, entrelazando lo político con lo personal. Por ejemplo, su propio involucramiento en el proyecto Peter Pan da pie a un comentario extenso sobre este triste episodio. ¹⁸

Ante el reconocimiento de la nación dividida en el título del libro, el protagonista se sitúa en un tercer espacio que no es ni Cuba ni el exilio, pues adopta una posición crítica tanto frente al enclave de Miami como ante determinadas políticas oficiales cubanas. El narrador ofrece detalles de su cambio de actitud hacia Miami, desde la identificación del enclave como una adquirida patria chica hasta la crítica acerba al mito del trasplante cultural —al Miami que se declara «custodio de la cultura cubana». Los discursos conflictivos sobre Cuba lo llevan a proponer la siguiente reflexión sobre la nación moderna: «la sabiduría contemporánea nos dice que la idea de la nación moderna requiere ser repensada, que como se entiende mejor es como una constelación de contratos ficcionales arbitrariamente sujetos mediante una combinación de mitos colectivos y fuerza estatal». ¹⁹

Dentro de los Estados Unidos, el narrador se identifica con la generación posterior al mito del crisol de razas, que niega la asimilación. Experimenta el multiculturalismo, aludiendo a los diversos significados de «americano», algunos más «oblicuos» (multiculturales) que otros. Es precisamente esa manera oblicua de entender la identidad la que lo insta a definir su posición

dentro de los Estados Unidos y hacia las dos Cuba (la de afuera y la de adentro). El espacio que corresponde a un cubanoamericano no es ni el exilio ni la patria. Es una posición «otra», y desde ese punto de vista, el narrador puede apreciar las analogías entre su propia otredad y la marginalidad de otros grupos. ²⁰

De la Campa es uno de los pocos que comparan la experiencia de los cubanoamericanos con la de otros grupos minoritarios y defiende la inclusión de aquellos en la comunidad latina dentro de los Estados Unidos. Los latinos —explica— comparten un «espacio ontológico» ²¹ caracterizado por la doble identidad, muy «americana» para pensar en el retorno al país natal, pero aferrada a la herencia cultural y lingüística hispana. Como otros críticos, sostiene que lo «latino» es un factor destabilizador respecto de la identidad nacional angloamericana y latinoamericana. Mantiene que este es el papel que desempeña y seguirá desempeñando la comunidad cubanoamericana en relación con su país de origen. Así, los pasajeros de un vuelo de regreso a Miami le inspiran una última reflexión:

Ellos encarnan por completo la actual historia de Cuba, una nación impulsada por fuerzas dispares que saltan para encontrarse, fortuitamente, en el mismo avión. Mientras más pensaba sobre ellas, mi sospecha de que no hay regreso o reunificación —en lo que respecta a los cubanos— se hacía más grande, excepto en el dramático abrazo de estos episodios entrecruzados, viajes y flujos que prometen una dirección no clara. Estaba testimoniando la nación cubana en casa. ²²

Esta metáfora trae a la mente la tan citada frase de Luis Rafael Sánchez sobre Puerto Rico en su ensayo «La guagua aérea»: «el espacio de una nación flotante entre dos puertos de contrabandear esperanzas», ²³ que reafirma los paralelos entre las diásporas. Dada las dificultades del retorno definitivo al país natal (por los cambios experimentados allí tanto como en el migrante), la única opción es el vaivén, o los «traspies geográficos» —como diría Sánchez—, que evocan esa metáfora de la nación en el aire.

Quisiera volver al tablero de ajedrez de la portada del libro de Emilio Bejel, pues las casi interminables posibilidades de jugadas sugieren que la Cuba suspendida sobre el tablero es capaz de adoptar

variadas formas en la memoria y la imaginación autobiográfica. *The Write Way Home* y *Cuba on My Mind* contienen dos propuestas diferentes, una de ellas subrayando la función de la ficción como casa o patria; la otra, la presencia de una diáspora que no va a desaparecer, sino que formará parte íntegra de lo cubano. Son dos propuestas entre otras, pues como ha puntualizado la crítica Avtar Brah, las diásporas distan mucho de ser homogéneas:

La palabra *diáspora* invoca a menudo la imaginería del trauma como separación y dislocación. Pero las diásporas son también, potencialmente, lugares de esperanza y de nuevos comienzos. Se trata de terrenos en disputa en lo político y lo cultural, donde las memorias individuales y colectivas chocan, se rearmen y reconfiguran.²⁴

¿Cómo conciliar o reconciliar las memorias individuales y las disímiles propuestas de definición de lo cubano —aun dentro de la diáspora— en el marco de las escasas opciones políticas y los paradigmas nacionalistas en vigor? Esta es, obviamente, una pregunta que sobrepasa a la literatura, pero por lo menos nos deja vislumbrar su complejidad.

Notas

1. Akhil Gupta y James Ferguson, «Beyond “Culture”: Space, Identity, and the Politics of Difference», *Cultural Anthropology*, v. 7, n. 1, 1992, pp. 6-23.
2. Yolanda Martínez San Miguel, *Caribe Two Ways. Cultura de la migración en el Caribe insular hispánico*, Ediciones Callejón, San Juan, 2003., p. 332
3. Susana Egan, *Mirror Talk: Genres of Crisis in Contemporary Autobiography*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999, p. 124.
4. Emilio Bejel, *The Write Way Home: A Cuban-American Story*, trad. de Stephen J. Clark, Versal Editorial Group, Inc., Andover, MA, 2003; Román de la Campa, *Cuba on My Mind: Journeys to a Severed Nation*, Verso, Londres, 2000.
5. Ruth Behar, ed., *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995.
6. María de los Ángeles Torres, ed., *By Heart/De memoria. Cuban Women's Journeys In and Out of Exile*, Temple University Press, Filadelfia, 2003.
7. Carlos Eire, *Waiting for Snow in Havana*, The Free Press, Nueva York, 2003.
8. Avtar Brah, *Cartographies of Diaspora. Contesting Identities*, Routledge, Londres y Nueva York, 1996, p. 16.
9. Perteneciente a la clase media en su pueblo natal, Manzanillo, y activamente vinculado al catolicismo, Bejel decidió salir de Cuba

por los conflictos con la Iglesia católica que empezaron a perfilarse a raíz del triunfo de la Revolución. A los dieciocho años abandonó a su familia, se estableció en la Florida, donde hizo sus estudios universitarios hasta obtener el doctorado, y regresó a la Isla por primera vez en 1979, cuando se efectuó el diálogo con miembros de la comunidad cubanoamericana. Desde entonces, ha seguido viajando esporádicamente a Cuba.

10. Iván de la Nuez, *El mapa de sal*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 2001.
11. Emilio Bejel, *Gay Cuban Nation*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2001, pp. 48-49.
12. Avtar Brah, ob. cit., p. 16.
13. *Ibidem*, p. 180.
14. Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*, Aunt Lute Books, San Francisco, 1987, p. 20.
15. «Comming out of the closet», literalmente «salir del closet», se refiere a cuando una persona da a conocer públicamente su identidad gay o lesbica. (N. del E).
16. Emilio Bejel, *Gay...*, p. 110.
17. *Ibidem*, p. 200.
18. De la Campa salió de Cuba casi dos años después del triunfo de la Revolución, en 1960. Separado de sus padres y hermanas, pasó un tiempo en una escuela militar en Fort Lauderdale, donde hizo amistad con otros latinoamericanos con los que aprendió nuevos códigos de comportamiento que entrañaban, por una parte, un proceso de asimilación al nuevo entorno y, por otra, conciencia de la diferencia. Aprendió, entre otras cosas, que se le identificaba como latino, y que ese «latino» era un entramado de significaciones. La familia se reunió poco después para empezar su azarosa vida como refugiados en Pennsylvania, y más tarde en Iowa. En los años 60 fue estudiante graduado en la Universidad de Minnesota, donde obtuvo el doctorado en literatura hispánica. Como a otros jóvenes cubanoamericanos, la movilización política en los recintos universitarios de aquella época lo condujo de regreso a Cuba, instándolo a participar en el diálogo y en varios encuentros culturales. A partir de los años 80 se concentró más en la docencia y la escritura. También ha seguido viajando a Cuba esporádicamente.
19. Román de la Campa, ob. cit., p. 78.
20. *Ibidem*, p. 108.
21. *Ibidem*, p. 114.
22. *Ibidem*, p. 175.
23. Luis Rafael Sánchez, «La guagua aérea», *La guagua aérea*, Editorial Cultural, San Juan, 1994. p. 22.
24. Román de la Campa, ob. cit., p. 193.

TEMAS, 2005.